

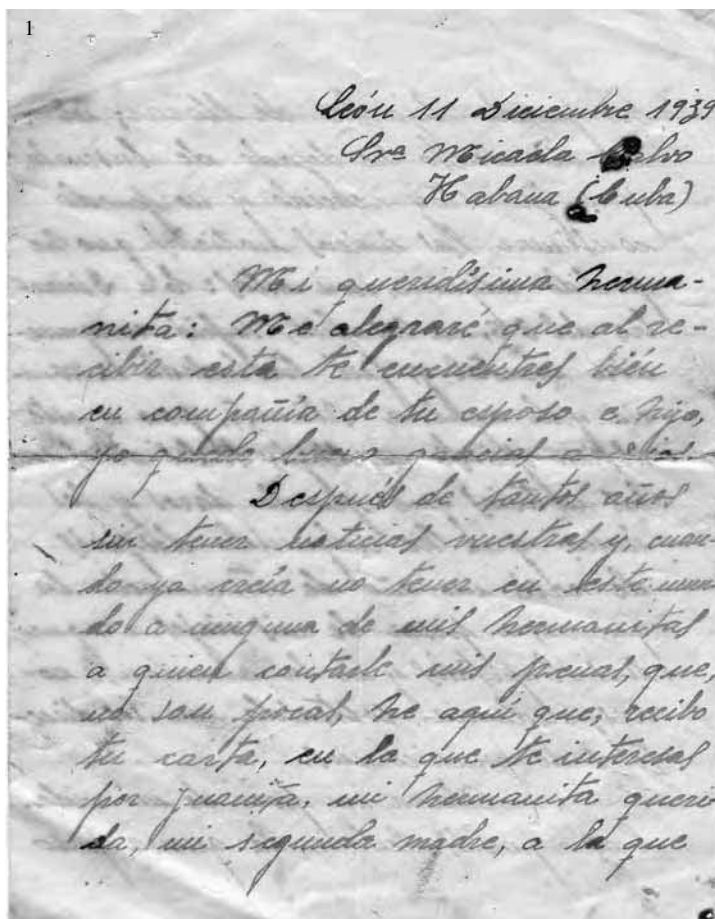
## De Zamora a La Habana

Olivero Calvo Gómez

Mi nombre es **Santiago Calvo Mateos**. Nací en la villa de Tábara, provincia de Zamora el día 27 Julio 1872. Me casé con Cecilia Alonso Fernández, también natural de Tábara, y tuvimos 11 hijos, de los cuales la mayoría murieron siendo muy pequeños. Sólo llegaron a la adultez [sic] Juana, Micaela, Catalina y Juan. Emigré varias veces a la república Argentina y a Cuba. El último viaje a Cuba lo hice acompañando a mi hija Micaela en casa de una señora que nos había recomendado una vecina nuestra de Tábara que había estado en Cuba. A los pocos días me trasladé a un pueblo de la provincia habanera llamado Melena del Sur, y allí estuve trabajando un tiempo en un central azucarero llamado “Merceditas”. Mi trabajo allí consistía en cortar caña y otras labores agrícolas, que ha sido siempre mi trabajo. Posteriormente regresé a España y no volví a viajar. Fallecí el 31 de Diciembre de 1926, a causa de una nefritis crónica. Estoy enterrado en el cementerio de San Atilano, en mi nativa Zamora.

**Soy Micaela Calvo Alonso**, hija de Santiago y de Cecilia, y nací en la villa de Tábara el 11 de Junio de 1906. Recuerdo con mucho cariño los días de mi infancia en la casa familiar en Tábara. Mis padres tenían una pequeña finca en la cual se producía prácticamente de todo lo necesario para nuestra subsistencia. Inclusive el pan, nuestra madre lo horneaba en la casa. En la época de la siega del trigo, mi padre contrataba trabajadores para que lo ayudaran en la cosecha del grano.

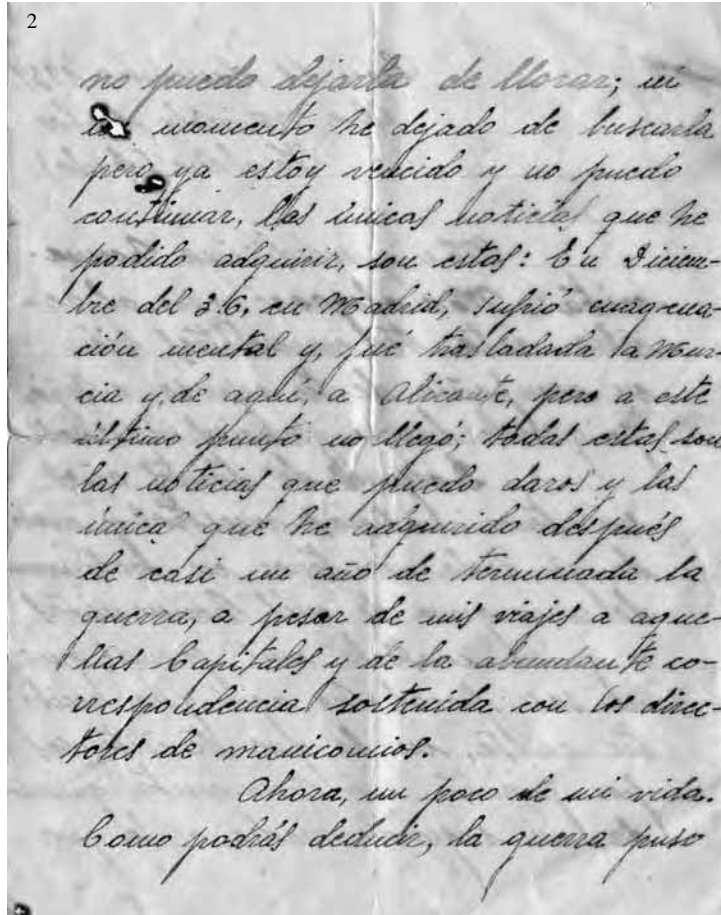
Juana era la mayor de mis hermanos y después le seguía yo. Pienso con dolor en mis hermanos menores fallecidos en plena niñez. Recuerdo especialmente a mi hermanita Agapita la cual me profesaba un gran cariño y en su lecho de muerte me llamaba para que permaneciera junto a ella. Mi niñez



transcurrió como la de cualquier niño de aquellos días. Iba a la escuela, jugaba, hacía pequeños trabajos en la casa, cuidaba a mis hermanos menores. En invierno a veces no podía asistir a la escuela por los sabañones que me afectaban los pies. Me gustaban mucho las frutas, manzanas, uvas, fresas, y sobre todo una variedad de peras llamada “Manteca de oro”.

Posteriormente la economía domestica decayó, por lo que mi padre tuvo que emigrar, y más tarde me llegó el turno a mí. Pensamos en Cuba por ser éste un país en pleno desarrollo económico en esa época, principios de la segunda década del siglo xx.

Nunca pensé entonces estar fuera de mi patria por mucho tiempo. Mi idea como la de tantos compatriotas era trabajar unos años, ayudar a la



familia y regresar con algún dinero ahorrado. Tan cierto es lo que digo, que no sé si exista aún en algún lugarcito de Tábara una pequeña caja de cartón con una muñeca adentro [sic], que yo había dejado para cuando regresara a casa.

Como no tenía la mayoría de edad, mi padre embarcó conmigo hacia Cuba. Hicimos la travesía en el vapor alemán Gothland, saliendo del puerto de Vigo el día 11 de Diciembre 1923. Después de casi 15 días de no ver más que cielo y mar, y durante los cuales casi siempre estuve mareada pues era la primera vez que viajaba en barco, arribamos a La Habana el 24 de Diciembre de 1923, día de Nochebuena. Una cosa que me llamó grandemente la atención fue ver a la mayoría de las personas con gruesos abrigos, y en cambio yo casi

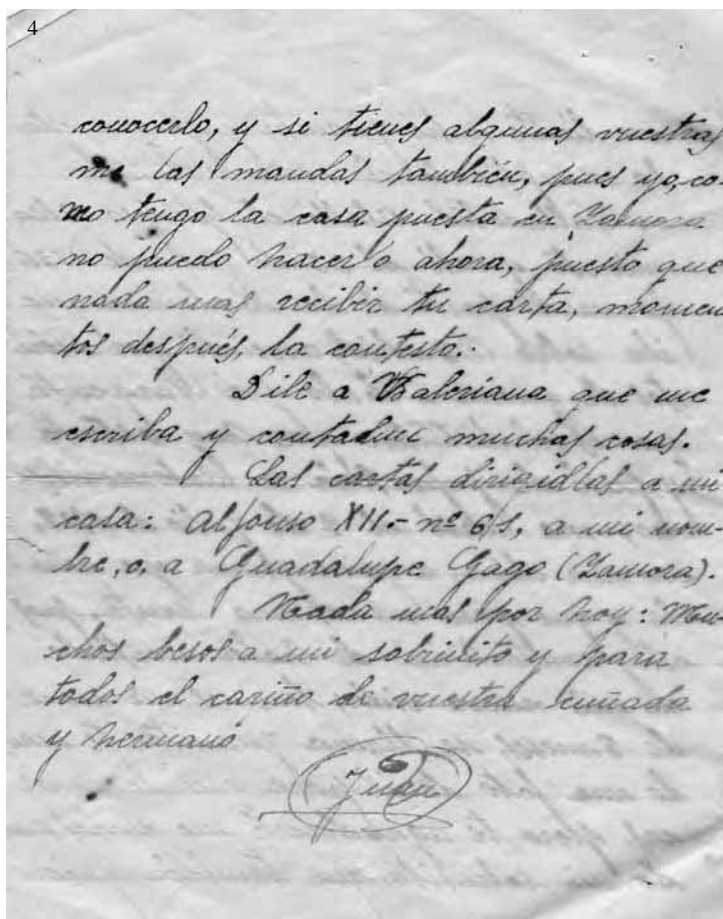
3

mi límite entre juanita y yo, que esta-  
 ba cumpliendo el servicio militar  
 en Valladolid; estalló el glorioso alca-  
 micato y salí el 22 de julio de 1936  
 formando parte de la Columna que  
 iba sobre Madrid, accediendo por méri-  
 tos de guerra a Cabo y a Sargento,  
 que es el distintivo que hoy ostento.  
 Tu parte de jefatura a Automovilif-  
 cado; me casé el 9 de julio de 1938,  
 con una chica, a quien ahora ya cono-  
 cía y que para mí es una santa, pues  
 estoy convencido de haber aceptado  
 en mi nueva vida; tenemos un niño  
 de 8 meses, se llama Juanito, te man-  
 do una foto de él para que lo recono-  
 zas, pero te agradeceré me envíes una  
 de mi sobrinito, que también quiero

sudaba, pues había pasado en pocos días del crudo clima español al leve invierno cubano.

Nos dirigimos mi padre y yo al lugar donde iba a parar hasta que consiguiera trabajo permanente. Era la dueña una señora natural de Galicia que tenía una casa con varios cuartos, los cuales alquilaba a emigrantes españoles. Ella se nombraba Concepción Vázquez Basteiro y tenía 2 hijas menores que yo, llamadas Elena y Elvira, las cuales fueron mis primeras amigas cubanas, cuya amistad duró durante todas nuestras vidas.

A los pocos días de llegar conseguí trabajo como doméstica en casa de una familia bastante acomodada que vivía en un barrio llamado El Vedado. Mi trabajo consistía en limpiar todos los aposentos de la casa. La patrona pronto



Carta familiar, fechada el 11 de diciembre de 1939 en León.

me brindó un gran afecto por ser yo muy jovencita, y en aquel tiempo muy delgadita para el duro trabajo que debía realizar, por lo que me propuso que pasara a ocuparme del cuidado de los niños, y ese fue el trabajo que desempeñé durante los 7 años que permanecí allí. Debía atender desde por la mañana en que se despertaban hasta por la noche en que se dormían a las 3 niñas y 2 niños de la casa. Pasaba más tiempo con ellos que la propia madre. Esto desde luego motivó que me tuvieran gran cariño, así como yo a ellos. Esto lo demuestra lo que a continuación narraré.

Sucedió que un día al llegar a la casa el caballero, déjenme decirle que ese era el trato que debía dar toda la servidumbre al dueño de la casa “caballero” con la primera persona que tropezó fue conmigo que estaba dándole la

comida a los niños, y me dijo que le cosiera el botón que se le había caído. Yo no podía interrumpir mi trabajo con los niños en ese momento y se me olvidó lo del botón. Al cabo de un rato él fue a buscar el saco, y al ver que no estaba puesto el botón comenzó a llamarme con voces descompuesto, ordenándome que inmediatamente se lo cosiera. Ante tal actitud me rebelé y le contesté que si no lo había obedecido era porque estaba atendiendo a los niños y se me había olvidado. Ante esa respuesta, se encolerizó más y me dijo que si no le cosía el botón me tenía que marchar de la casa, a lo que le respondí que me iba de la casa pues no estaba dispuesta a soportar ese maltrato y me fui a recoger mis cosas para irme. Al ver eso todos los niños fueron llorando a donde yo estaba, diciéndome todos “Micaela no te vayas”. Al ver esto la señora de la casa acudió y cogiendo el saco se lo dio a otra doméstica para que lo arreglara, y así terminó el desagradable incidente, y durante todo el tiempo que permanecí trabajando allí jamás el “caballero” volvió a alzarme la voz.

Durante el tiempo que estuve colocada, cada vez que podía mandaba dinero para mi familia en España pues ya había fallecido mi padre. Mi idea era irles pagando el pasaje a mi madre y a mis hermanos, pero sólo pude traer a mi hermana Catalina. Mi hermana Juana pasó a trabajar a Madrid y mi menor hermano Juan ingresó en un Seminario par realizar estudios sacerdotales. Posteriormente verán porque no los pude traer a todos.

Cada 15 días nos daban un domingo libre en el cual podíamos salir, pues toda la servidumbre vivía permanentemente en la casa menos ese día de pase. Yo siempre iba a visitar a la familia donde había parado cuando llegué de España.

A los cuatro años de estar en Cuba recibí un sobre enlutado donde se me comunicaba la muerte de mi madre. Es inenarrable el dolor que experimenté pues ambas nos profesábamos un gran cariño. Me partía el corazón el saber que nunca más podría ver a la que me dio el ser. Había quedado prácticamente sola en el mundo, pues poco tiempo antes había fallecido mi padre. Sólo me consolaba el saber que ya mi hermana Catalina estaba en Cuba, pues poco tiempo antes la había mandado a buscar.

Estando trabajando en esa casa me hice novia del chófer que llevaba el agua mineral. Era gallego, de la provincia de Lugo. Se llamaba Emilio Gómez Deiros, y nos casamos el 10 de Febrero de 1932 en la iglesia parroquial del Vedado. Mi esposo quiso que dejara el trabajo y fuimos a vivir al pueblo de Rancho Boyeros, cerca del aeropuerto. Allí recibí un día una agradable visita. Era uno de los niños de la casa donde había trabajado, que para entonces era ya un jovencito de unos 12 años, que había venido en bicicleta desde su casa en el Vedado para visitarnos.

Por haber tenido mi esposo una desavenencia con el dueño del manantial, tuvimos que trasladarnos para otro que estaba en Bauta, que es un pueblo que

queda al oeste de La Habana. Ya para entonces había nacido mi hijo Olivero. Por esa época el país estaba atravesando una crisis política y económica muy grave. La oposición había derrocado al sanguinario presidente Machado, y el nuevo gobierno revolucionario (década de los años 30) había dictado una serie de leyes en beneficio del pueblo, una de ellas era la llamada ley del 50%, la cual decretaba que en todo centro de trabajo, la mitad de los trabajadores debían ser cubanos, y mi esposo quedó sin empleo debido a esa ley. Nuestra situación fue crítica, sin empleo, sin dinero y con un niño de meses. Tuvimos que ir a vivir a casa de una prima de mi esposo en la barriada de Luyano, en los suburbios de La Habana.

Por suerte, al poco tiempo el dueño del manantial volvió a llamar a mi esposo, y regresamos a Rancho Boyeros. Allí había que trabajar muy duro. Nos levantábamos a las 4 de la madrugada para lavar los botellones, llenarlos y cargarlos en el camión.

Siempre mantuvimos el contacto por correspondencia con mis 2 hermanos de España mi hermana Catalina y yo. En aquel tiempo la situación política en España se puso muy tensa, hasta que estalló la terrible Guerra Civil. Mi hermano Juan estaba pasando el servicio militar en Valladolid, y allí lo sorprendió el levantamiento del 17 de Julio, habiendo combatido durante la contienda en las filas del ejército de Franco. Por aquellos años nos mudamos, y las cartas de España nunca llegaron a mis manos, perdiendo lamentablemente el contacto con mi familia. Lo último que supe fue que mi hermano había salido ileso de la guerra, terminando con el grado de sargento, y mi hermana Juana, que estaba enferma, recluida en Madrid durante el bombardeo perdió la razón, y al ser trasladada a Valencia con un grupo de enfermos, nunca llegaron a su destino. Durante muchos años hemos tratado de localizar a mi hermana, pero desgraciadamente todos nuestros esfuerzos en ese sentido han sido infructuosos.

Para contribuir a la economía familiar tuve que ponerme a lavar y planchar ropa ajena, pues lo que ganaba mi esposo resultaba poco. A mi hijo Olivero logré matricularlo en una escuela religiosa gratuita, y posteriormente él se ganó una beca para realizar estudios comerciales. Al comenzar éste a trabajar, no quiso que yo siguiera lavando y me dediqué a los quehaceres de la casa, que no eran pocos.

En el año 1954 empezamos a pagar una casa a plazos, la cual al cabo de 20 años se nos entregaría la propiedad de la misma, como efectivamente sucedió, y así realicé el sueño de mi vida, que era vivir en una casa propia.

Mi hijo se casó y tengo 2 nietos. En 1974 falleció mi esposo y yo lo sobreviví 20 años. Fallecí el 16 de Mayo de 1994. Estoy enterrada en el cementerio de Colón en La Habana.

Mi nombre es **Catalina Valeriana Calvo Alonso**. Nací en la villa de Tábara el 30 de Abril de 1909. Recuerdo con gran cariño los días de mi infancia. Fue esa una época muy feliz para mí. Hay una cosa que no olvido nunca, cuando tenía sobre 9 ó 10 años, yo quería ayudar en la casa y siempre trataba que me mandaran a freir papas, pues siempre me gustaron mucho, y casi me las comía todas yo sola.

Al decaer la economía hogareña, mi padre tuvo que emigrar en varias ocasiones. Después se fue para Cuba mi hermana Micaela, y cuando hubo reunido el dinero para el pasaje me mandó a buscar. Yo tenía entonces 17 años, ya mi padre había fallecido, y mi madre tuvo que hacer un poder notarial autorizándome a viajar, por no ser mayor de edad. En el viaje me acompañaba como tutor un amigo de la familia que también viajaba a Cuba. Hicimos la travesía en el vapor holandés Edam, saliendo de Vigo el día 28 de Abril 1927.

Al arribar a La Habana fui a parar a la casa donde anteriormente había estado mi hermana Micaela, y al poco tiempo comencé a trabajar como doméstica en casa de un abogado.

Buscando siempre mejores condiciones de trabajo estuve en varias colocaciones. Recuerdo con especial cariño los años que trabajé en casa de un famoso modisto catalán llamado Ismael Bernabéu. Era en aquel entonces el modisto más renombrado y más solicitado por la alta sociedad. Allí trabajaba como cocinera repostera una compatriota mía llamada Vicenta la cual siempre me consideró como una hija, pues era mayor que yo, y tanto ella como su familia fueron mis más queridas amistades.

Después fui a trabajar en casa de una familia que tenía grandes negocios ganaderos, y eran también accionistas de una gran clínica que se estaba construyendo, y me ofrecieron trabajo en la misma, lo cual yo acepté, pues iba a mejorar económicamente y en condiciones de trabajo.

Comencé a trabajar en la Clínica Miramar el día 1 de Marzo de 1948. Esta era la clínica más lujosa de Cuba en aquel tiempo, y allí me mantuve trabajando hasta que arribé a la edad de la jubilación. Siempre trabajé allí como pantrista<sup>1</sup>. Mi labor consistía en llevar los alimentos a las personas allí ingresadas. Al entrar a trabajar en la Clínica Miramar tuve que adoptar la ciudadanía cubana, pues sin ese requisito no me podían contratar. Además tuve que ir a vivir a casa de mi hermana Micaela, pues anteriormente mi vivienda era la casa donde estaba colocada. Al mudarse mi hermana para la casa que estaban pagando, me tuve que quedar donde estaba, por cercanía a mi trabajo, pero cuando me correspondían las vacaciones las pasaba en casa de Micaela. Me jubilé en el 1969.

<sup>1</sup> Pantrista: hace referencia a labores culinarias, y más concretamente encargada del reparto de las comidas a los pacientes. (N.E.).



Al fallecer mí cuñado Emilio pasaba más tiempo en casa de Micaela que en la mía, pues había comprado una parcela de terreno al fondo de la casa y allí nos entreteníamos cultivando el terreno, criando gallinas y en los quehaceres de la casa.

En Marzo de 1993 hubo una gran tormenta en La Habana, que se conoce como “la tormenta del siglo”, la cual provocó una gran penetración del mar, sobre todo en la zona donde yo vivía. Fue algo súbito, el agua de mar alcanzó una altura de más de 1 metro en cuestión de minutos en la casa donde yo vivía. Por suerte unos buenos vecinos me auxiliaron y me llevaron al piso superior, pues yo estaba sola en la casa y ya tenía 83 años. Allí perdí gran cantidad de cosas, pues el agua de mar junto con el fango que arrastraba a su paso echó a perder todo lo que alcanzaba. Tan pronto como se enteraron vinieron a buscarme mi sobrino y sus 2 hijos, y me llevaron a vivir definitivamente a casa de mi hermana, pues se temía que el fenómeno repitiera.

Por aquellos días me enteré que el Consulado General de España permitía recuperar la ciudadanía de origen a todos los que la hubieran perdido por motivos de trabajo, y enseguida inicié los trámites habiendo recuperado mi condición de española en Julio del 2000. Anteriormente me había hecho socia de la Colonia Zamorana, en la cual yo era una de las de más edad, pues ya tenía más de 90 años. Le estoy muy agradecida a la Colonia Zamorana en Cuba, y a mis paisanos de allende los mares por la ayuda que me prestaron, y por las atenciones que siempre tuvieron conmigo en los últimos años de mi vida.

Fallecí a los 94 años el 21 de Febrero del 2004, y estoy enterrada en el Cementerio de Colón en La Habana.

Me llamo **Olivero Gómez Calvo**. Nací el 13 de Junio de 1933 en Rancho Boyeros, en la provincia de La Habana. Soy hijo de Micaela Calvo Alonso y de Emilio Gómez Deiros, y sobrino de Catalina Calvo Alonso, ellas dos naturales de Zamora, y soy el relator de las vivencias que acaban Vds. de leer.

Esto que he escrito ha llegado a mi por boca de mis padres y de mi tía, y por mis propios recuerdos y es prácticamente la misma historia de cientos de miles de españoles de Zamora, Galicia, Asturias, en fin, de todas las regiones de España, que en épocas pretéritas emigraron a distintas latitudes en busca de bienestar económico, siempre con la idea de regresar algún día a su terruño, y que en la gran mayoría de los casos jamás pudieron volver, ni siquiera de visita, como es el caso de mis mayores, que hace muchos años llegaron a esta tierra, la cual los acogió, y a la que ellos regaron con su sudor, y hoy abonan con sus restos, y a la que llegaron a querer tanto como a la suya propia.

En mi vida tengo dos grandes orgullos. El primero es ser cubano. Éste es un gran país, aunque esté pasando ahora por un mal momento, pero ha sido

cuna de muchos grandes hombres en todas las esferas de la vida. El segundo es que por mis venas corre sangre española, y en mi caso específico por 3 vías. Aparte de la que aportaron mi padre y mi madre, también corre la de mi tía Catalina, pues siendo yo muy pequeño enfermé gravemente, y tuvieron que hacerme una transfusión urgentemente, y el único tipo que servía era el de mi tía. Todavía a pesar de los más de 60 años transcurridos recuerdo cómo hicieron la transfusión directa, de vena a vena.

Esto es todo lo que tengo que contar. Espero haber contribuido con algo, aunque sea muy pequeño, a lo que constituye la historia de la emigración zamorana en Cuba.